NO REVISIÓN POLEMICA DEL

El desasosiego que nos producían aquellas mezquinas oficinas de 1984 donde sin cesar se reescribían los diarios del pasado y se transformaba la historia acuerdo con las variables condiciones del presente, quizás se acentuaba por la apremiante sospecha de que eso mismo hacemos nosotros con el mundo que hemos dejado atrás, el cual modificamos sin cesar en base a las convicciones nuevamente adquiridas. Cada nueva promoción literaria se ha limitado a imponer los principios artísticos que corresponden a su sensibilidad, a sus ideas, a su implícito **background**, sino que además vuelve los ojos hacia el pasado y lo revisa: mata algunos escritores y algunas obras, acepta otros ya consagrados, exalta figuras casi olvidadas, descubre precursores a quienes ofrece la palma del heroísmo, y termina afirmando categóricamente: así fue la historia, esta es la verdad.

Pero como las promociones se suceden vertiginosamente; como ya resulta imposible simplificar en base a un solo y coherente conglomerado de ideas una generación literaria, y es necesario reconocer la interna articulación de sus distintas y aun opuestas corrientes; como en todo momento de una historia literaria convive por lo menos dos, y a veces tres, generaciones literarias en distintos grados de su desarrollo, ocurre que ya no se nos ofrece una verdad artística y un pasado únicos, sino varios, contrapuestos. Dentro de esta mecánica historicista, que se ha agudizado desde el romanticismo, es evidente que distintos **momentos** de distintos sus hijos del tiempo en que vivimos, pero también que son los únicos posibles; remitirnos a los que haga un tiempo futuro, como tantas veces han hecho los historiadores para no asumir riesgos y compromisos, es vano. Ese tiempo dirá la verdad suya, la de su nueva situación histórica y espiritual.

La última década chilena muestra una literatura en ignición. Constante aparición de escritores, fervientes polémicas, desgarramientos literarios, revisión premiosa del pasado, dan prueba de una cultura alerta y viviente, sea cual fuere el juicio que nos merezcan sus aportaciones. Buenos artífices de ella serían quienes fueron los escritores que se autodecretaron la **"generación del 50"** y que protagonizaron la exasperada polémica del año 1958 cuando lograron ser las alabadas y vilipendiadas figuras de la vitrina cultural chilena, en el estilo erizado que venían buscando tenaz y sistemáticamente aislándose: Enrique Lafourcade y Claudio Giaconi. Ya en el año 1956 Enrique Lafourcade, quien se había ungido como el Mahoma de la novela, les había discernido ese nombre —**genaración de 1950, del medio siglo**— (1)—que atendía más que nada a los cenáculos amistosos, **de la época donde** economizaban y elaboraban las primeras producciones del grupo; **sin embargo** los libros en que estas **se** reproducirían fueron algo más tardíos de tal modo que sólo al final de la década tanto los críticos como el público comenzaron a saber, con pruebas al canto, lo que se traía entre manos este grupo escandaloso.

Para ese entonces ya se habían publicado algunas significativas de los narradores del grupo: Luis Heiremans, **que** más tarde se orientó hacia el teatro fue de los que abrieron el fuego con sus dos colecciones de cuentos: **Los niños extraños** (1950) y **Los demás** (1952); en éste mismo año Jorge Edwards publica **El patio**, y Pablo García edita **El río que ahora se aleja**, preanuncio de su mejor colección de cuentos **Los muchachos y el Rey Pompeya** (de 1958); también Enrique Lafourcade da a conocer su primera novela **Pena de muerte**, a la que seguirán los cuentos de **Asedio** (1957; en 1954 Armando Cassigoli publica **Confidencias y otros cuentos**), y en la misma fecha hace su presentación Claudio Giaconi, **Hijo de los más acendrados** cuentistas. con **La difícil juventud**, simultáneamente con Hebert Müller que da a conocer sus fantasmagorías **Perdval y otros cuentos.**

Al año siguiente surge en libro el narrador más maduro de la promoción: José Donoso, que publica **Veraneo y otros cuentos**, y dos años después su Única novela, **Coronación**; en 1956 aparece el cuento de Carlos José Reyes **Vergara** con **Daniel y los leones dorados** y en 1957 surge Guillermo Blanco, con los cuentos de **Un hombre y el hombre y el mar.**

Por último el año 1958, se presenta como una eclosión de todo el movimiento: al citado libro de cuentos de Pablo García se suman **Cuatro estaciones** de Vergara, **El cepo** de Jaime Lazo, **El río** de Claudio, **La** Marta E. Gertner, **El huevo** de Margarita Aguirre, **La vacilación del tiempo** de Alfonso Echeverría, con lo cual es explicable que tal presencia nutrida provoque en algunos críticos la sensación de una avalancha, y el año 1959 debute con una violenta polémica.

Los ataques, como es la norma, no apelaron a sutiles distingos estéticos. Uno que desde entonces se sitúaron en el espeso campo del apresuramiento periodístico, y tomó rotundo por los series diversas de razones: morales y sociales. Las primeras abrieron el fuego: Luis Enrique Delano, quien se refiere de la moral católica ante otras que él describía así: **"ambiente pagano, materialista, a veces de abyecta crueldad: prediciéndole por las miserias humanas (obscenas, delicuescentes, maleficas), y afán realista que se solara en las oscenas chocantes y las palabras soeces**" en resumen, **una literatura materialista, sombría y desesperanzada**. Los reparos sociales tocaban más fundados, porque se referían a la evidente despolitización de estos escritores, en contraste con la vivacidad stalinista de otras épocas, en los artículos de Yáñez Morelli: **"Hay ya señales visibles para todos de que, como habíamos previsto, estos incorruptibles jóvenes colegiales, que se mantuvieron en cada vez más reaccionarias, se colocan bajo la bandera de los espíritus intelectuales del Departamento de Estado. o se convierten en vergonzantes propagandistas del actual régimen**.

La impresión de que la polémica —cuya minuciosa reseña bibliográfica preparó Lafourcade para la revista Atenea de sus críticos de tiempos futuros— no tuvo más utilidad que publicitar a estos escritores nuevos y contribuir a su difusión escandalosa, no parece muy desacertada. Los mismos protagonistas aprovecharon esa oportunidad con fruición, quizás convencidos de que había llegado, y muy rápido sin duda, el momento de la consagración.

Lamentablemente para ellos sólo comenzaba el período más duro, o sea aquel que siguió a las primicias de la novedad, cuando ya una obra no se sostiene en el gusto del público por la frescura de lo nuevo, sino que exige los campos más áseros de la originalidad y la profundidad. Comienza a ser cuando pelea del arte que descorazona a tantos en estos países amenos y a la cual debemos esa enorme montaña de primeras obras tales tosas informes que aplasta nuestras literaturas. Quizás esa esta nueva realidad la que está aludida e incomprendida por Delano, cuando se pronuncia contra la crítica porque "**tiende al encomio exagerado de los primeros obras**" y **"tiende a convertir en un mero estuto** irresponsable de las segundas y terceras". Pero al margen del problema de la creación artística que con mayor eficgencia empieza a plantéenle a estos escritores (al tiempo que también se les plantea la necesidad de una seria fundamentación teórica, dejando de lado los caprichosos despistes juveniles) su presencia en las letras chilenas tuvo consecuencias eficaces: ni sus detractores pueden negar que han reactivado la vida literaria del país.

Desde ese año 1959 hasta hoy se ha producido una intensificación de la vida cultural chilena que, en forma directa o soterrada, responde al impulso de esa nueva sangre. Los representantes de las diversas generaciones que coinciden en este período, desde las figuras más antiguas hasta los novísimos, se han sentido urgidos para decir su verdad sobre los tres temas que esta década implicados por la irrupción de la generación del 50, a saber: el plano de la creación (y me permitiría decir aquí tanto la literatura de imaginación, en sentido lato, como la de ensayo: la crítica); el plano de la revisión de los valores y sobre todo del pasado literario chileno en este medio siglo alargado que ya hemos recorrido; y el plano de la teoría que quiza aquel de más grave y largas proyecciones por cuanto engloba los anteriores en un sequito interpretativo. Todo esto se complica por los variados niveles de capacitación intelectual en que los tres temas se presentan, por el carácter indistinto e indiscriminado de coordenadas políticas, morales y sociales, por los enfoques generacionales que se enfrentan y superponen.

Hablemos, uno de ellos, además, excelente narrador, acaba de proponer una periodización de la literatura chilena del siglo XX: son ellos Hernan Díaz Arrieta (Alone) (3) que puede considerarse el representante de la generación del 20, y Fernando Alegría. (3) que se reconoce integrante de la generación del 50 (o del 40, como prefiere Cedomil con su método Devey para las letras chilenas del 50). El dice no se trata de obras sistemáticamente planteadas y desarrolladas, —que todavía faltan en las letras chilenas— se descuelgan por el aire caprichoso que siempre anejo a toda recopilación de artículos sueltos sobre los cuales se impone a posteriori una unidad algo forzada, (caso típico del libro de Alegría) y nunca distinguir nítidamente las preferencias y rechazos del autor, a través de ellas. Intuir sus concepciones sobre cuáles son las líneas rectoras de la literatura chilena en este medio siglo.

Casi simultáneamente con estas publicaciones cuyo carácter programático se sobrepone a su carácter de ensayo, aparecen otros textos que corresponden a creadores y críticos de las actuales promociones literarias, también se ofrece una revisión del pasado. En estos casos, el pasado literario se ha convertido en literaria de los antepasados a las circunstancias presentes, y a la circunstancia específicamente presente y reconocido. Tanto Enrique Lafourcade (en **Una nueva literatura chilena**) como Yerko Moretic (en "**El realismo y el relato chileno**") (4) coinciden en ubicarse en el ángulo de sus convicciones estéticas. el primero con afán más hábil de equilibrio, el segundo con decisión más polémico que, en primera instancia, va dirigido directamente contra la "generación del 50".

En 1959, aprovechando el clima de la polémica, Lafourcade publicaba una antología **Cuentos de la generación del 50** (5), que pretendía ser la "**primera muestra de la calidad y unidad espiritual del movimiento**; aunque en ella ya falibaa, y por ausencias personales y de otra índole más nítidas: Claudio Giaconi. Apenas transcurrido un año, Lafourcade y Yerko Orellana firman una nueva antología, **El nuevo cuento realista chileno**, que pretende ser la **"muestra** más completa e explicada. En ella los antólogos trazan de **"proponer una nueva noción** social de la narración realista de nuestro país: la que se refiere al trabajo de **"proporcionar una nueva noción**", y es obvio que se trata de la respuesta, dirigida con cordial encomiastad, a los escritores del 50.

La antología de Lafourcade incluía diecisiete nombres. La de Moretic-Orellana incluye veintidós. Son tres distintos, salvo tres que, y evidentemente no es casualidad, pertenecen a la línea del partido comunista: Margarita Aguirre Armando Cassigoli, Enrique Lihn. Estamos pues, a pesar de las referencias a una nueva promoción, en un típico conflicto generacional que se ve aún más acentuado por razones político-sociales, sin que tesoneramente aspira a delimitar posiciones estéticas encontradas. Y se halla en el conflicto del realismo en lo que el propio Moretic llama a "imaginismo" sin por ese llegar a liberarse de confusiones varias en la términos y en su significación. Ahora

La revisión del pasado narrativo chileno que es el primero de los temas se efectúa por medio de antologías ya mencionadas, aparece en otro texto más trabajo y sin embargo el más eficaz de todos: el de Ariel Dorfman y los artículos del Instituto de Literatura Chilena —César Bunster, Julio Durán Cerda, Pedro Lastra y Benjamín Rojas Piquienes. con un trabajo ejemplar que puede servir de modelo para otros similares de otros países han recorrido el pasado literario chileno desde Daniel Riquelme hasta Claudio Giaconi (6). El aire académico de la publicación no impide una profundidad contenida, no impiden recomendar en este momento rigurosa en precisa concepción de la narrativa chilena que tanto afiora en la elección de autores y cuentos que hacen, y las notas críticas que los acompañan.

Los cuentos chilenos han tenido a nos últimos años varios antólogos, y el cotejo de esta aportación del Instituto de Literatura con sus predecesores permite comprobar el alcance del esfuerzo. Desde luego sin mucho más drástico que el de Mario Castro (7), cuando se trata de observar y medir estéticamente el pasado y el peso de los rezagos debidos a la obra de Lastarria, prescinden de él cuando se trata de elegir cuentos de Valdés permanece, y el menos de valdes presente. A la vez son más selectos-líneas rectoras de la literatura a la línea criollista, que Antonio de Undurraga (8) y desde luego no lo tienen en sus cuentos de la generación clas: ni se les ocurre incorporar a Barben Rubio, Rodolfo Lenz, Pedro Prado, el parecen demasiado afortes a la inventoras ultraistas de Vicente Huidobro o a los cuentos de Carlos José Reyes: tampoco, claro creen que Antonio de Undurraga, Guillermo Blanco, nos doble, ni simple representación. Son más rigurosos en la adopción de un criterio estético que Yerko Yañez (9), oponiéndose implícitamente a la generosa amplitud de Alone, que reconocía significativa apreciación artística ponderable de la tradición romántica nacional. Y, claro, no se atreven con la obra de los más jóvenes y a la vez que establecen la primera bibliografía de la producción oficial de la generación del 50, incluyendo dentro de los cuentistas de su antología a tres de ellos (Donoso, Blanco, Giaconi), muestran un deseo de un encomio de las últimas corrientes realistas antiguas que Moretic-Orellana. Ninguno de sus autores ha entrado al volumen del **Instituto de Literatura Chilena.**

Sin embargo, en los cuentos elementos presentados, veremos que estamos en presencia de cinco enfoques diferentes, y que con ellos quedan significativamente representadas todas las generaciones actuantes en este momento en el país. Si además hacemos cotejo de los materiales de distinto enfoque, descubrimos que hay en ella su completidad. el actual debate chileno sobre el pasado narrativo, del

PASADO NARRATIVO

por Angel Rama

bre la creación, sobre la teoría estética del viejo crítico, el patriarca, Alonso, que recién a los setenta años ha visto levantarse contra él (Libro Laforcade) la opinión disconforme de los jóvenes; el crítico de la generación del 38 (Alonso) cuya opinión puede ser complementada con la de otros interniedios del movimiento como Nicomedes Guzmán, Yolodia Teitelboim; las opiniones encontradas de los escritores del 50 (Giaconi, Laforcade) y de los realistas socialistas (Morelli); por último la visión global de los propios escritores modernos.

Recientemente pudo celebrarse en Chile el centenario de la novela, con un homenaje a Alberto Blest Gana, quien, en el año 1860 ganaba con su obra La estrellita del amanecer, el concurso convocado por la Universidad de Chile para distinguir: "una novela en prosa, histórica o de costumbres, al ahinco del autor, pero cuyo asunto sea preferentemente de chilenos". La noticia que eligió esta obra y donde estaban Miguel Luis Amunátegui y José Victorino Lastarria, fundamentó largamente su fallo, destacando que "el gran mérito de esta composición es el de ser completamente chilena. Los diversos lugares de la fábula son sucesos que pasan efectivamente entre nosotros. Hemos presenciado, o hemos oído cosas parecidas. Los personajes son chilenos y se parecen mucho a las personas a quienes conocemos y quienes entrechamos la mano, con quienes conversamos. Toda la novela "La aritmética del amor" se halla animada por un gran número de cuadros de costumbres nacionales llenos de gracia y de verdad, y, ciertamente, nada interesa a los ten justamente aplaudidos del Lazo y de la fábula del Tostocho" (10). El hecho de que es'e informe lo firmara, escrito por Lastarria, "el iniciador de la novela y el cuento en Chile", el fundador de la narrativa del país, no hace sino destacar la importancia de esta fecha, donde los rasgos estilísticos débiles intentos narrativos chilenos de los momentos obtienen una consagración mediante una obra que, no es la mejor novela chilena, es el primer triunfo público de quien expresará cabalmente en Chile el espíritu de la ficción ochocentista.

Junto el texto del llamado, como el informe de Lastarria, y el discurso de Blest Gana al recibir la distinción universitaria, ponen el acento en un rasgo que no pertenece por cierto como simple excresión de las convicciones nacionalistas de los años 50 sino que aparecen tenazmente de la calidad del arte. Se chilenizó la novela, en el sentido de que fue la norma de la cultura latinoamericana en el siglo XIX, pero, al finalizar el siglo por la vía modernista. Si hoy la preocupación actual revisamos el pasado de la cultura latinoamericana, comprobaremos que en este siglo XX, en el de la independencia de la hacia dos cimaltos a esta línea dominante nacional: la del modernismo a fines del XIX y la del vanguardismo a fines de la tercera década. Quizás podría agregarse una tercera por los aledaños del 50, que de poder confirmarse en todo el territorio americano, estaría apuntando, más que a una insatisfacción primaria por los rasgos y los sabores nacionales, a una inconformidad con las formas literarias que había asumido el tratamiento de esos rasgos.

Si esto puede entenderse como la norma de América Latina, en el caso de Chile encontramos una cultura particularmente defensora y conservadora de los rasgos nacionales, con cierto interior reticencia para toda elusión universalista que pareciera neutralizar o disolver los sabores nacionales. Y dentro de la preocupación nacional Salvaba tiene a un cokrado, pero, a veces primario, realismo que le parece la garantía de su inclinación nacionalista. Si se coloca en la línea evolutiva de la narración chilena, con la mayor novela del Río de la Plata, se observará que no hay en ella nada parecido a la narración modernista (nos acerca, sea el primer Gallegos o a la narrativa del mundo vanguardista (sea Roberto Hernández, sea Jorge Luis Borges). Por el contrario, y durante cual treinta años, Chile vivió, de sus grandes promociones de modificaciones, el imperio de la corriente criollista, sentimos que el país ha buscado lo que en el resto de América se pone bajo la denominación del realismo-realista. Lo ha hecho por nacionalismo, por amor auténtico a los sabores variados y grises del país, sus paisajes, sus gentes; lo ha hecho también por timidez, quizás por cosmopolitismo, diría solamente de esa timidez sobresaltada e inquieta; lo ha hecho por una orientación muy propia hacia la vida real y concreta, que los torna esquivos para cualquier abstracción, fatiles.

Incluso las excepciones a esta línea mayoritaria de su narrativa, están representadas por aquellos escritores que se alejan de los países de origen, ya por países y hombres exóticos, ya por formas literarias importadas de otras comarcas: es en el primero de los casos, Augusto D'Halmar; es en el segundo, María Luisa Bombal. Pero aun ellos sería posible probar, con el análisis minucioso de sus textos, en un alto grado están regidos por una atención hacia experiencias concretas, vividas realmente, hasta hacer que algunas de los "particulares" de sus cuentos corresponden también a una inclinación realista.

La generación literaria del 50 ha impuesto, sobre todo de sus rasgos peculiares, la actitud negativa con respecto al criollismo, y la búsqueda frenesí de lo que ha llamado un universalismo narrativo, Claudio Giaconi, por ejemplo, (11), al encontrar los puntos clave de la reforma que su movimiento propugna, comienza por cuatro principios que sintetizan su actitud: "1º) Superación de la tradición criollista. 2º) Apertura hacia los problemas contemporáneos: mayor universalidad en concepciones y realizaciones. 3º) Ruptura con los cánones narrativos tradicionales. 4º) Audacias formales y técnicas". En el centro, aparece el pronunciado Laforcade, reclamando "renovación de formas y temas" con el propósito de "ir a la ficción, a la recundación del pensamiento nacional por el pensamiento universal" y la "observancia de una estética" como norma rectora por encima de otras adhesiones políticas o ideológicas (12). Por lo tanto tenemos un rechazo del criollismo, una aspiración a un arte internacional, tal como puede rastrearse, aunque sin alardes programáticos en los escritores de las generaciones anteriores. Ellos son citados expresamente, junto a Salvaba, como modelos a seguir, con, en el interés de Laforcade para ordenar el pasado literario chileno (12), incorporando a la línea de Lastarria, sagicos-social junto a los narradores del realismo social de la generación del 38. (la generación es algo más que antojadiza, pues no hay común medida entre la calidad artística de "Viaje" de Droilm y la obra de un D'Halmar).

Pero aunque los jóvenes de la generación del 50 de otro lado se ven programas parecerían obligados a revalorizar los rasgos de la línea de D'Halmar o la Bombal, no se ha notado que las obras de esos escritores les provocaran una inclinación hacia la ficción independiente a la defensa de la actitud, que, sin embargo, parecería ejercer de influencia que en aquellos se operó, ese apartamiento de lo pintoresco o folklórico, de lo pintoresco o de lo escenifismo psicológico y por el reino de la ficción.

Hay otra figura que en las letras chilenas ha establecido, desde principios de siglo, una ruptura con la línea de la tradición Lillo. Porque si Blest Gana, Lastarria, Salvaba, Droilm y Baldomero Lillo quien funda la técnica del cuento en un modo tan categórico que hasta los escritores actuales siguen de toque para ubicar las corrientes estéticas. El "tejo por un lado la intención en el estilo y, por otro, la observación inmediata y la penetración en el problema nacional con sus profundas implicancias económicas y humanas, todo autorizado por la experiencia del autor" (13). Incluso se podría establecer un paralelo dicotómico entre Lillo y D'Halmar, por mismo que ambos frecuentaron el cuento realista y al simbolismo y sin embargo establecieron dos vertientes opuestas de la tradición nacional, la primera abrumadoramente mayoritaria.

Es importante, por lo tanto, rastrear la actitud de las otras promociones literarias hoy actuantes en Chile, respecto a la obra de Lillo. La posición de Droilm es conocida, sea por su año porque cuando tiene que elegir los cuatro escritores que a su entender son los principales que ha dado Chile en el siglo elige a D'Halmar y al siguiera se le ocurre Baldomero Lillo que pareda serlo Lillo, sino porque lo elimina de su "Antología de prosistas del XX" y en su Diccionario lo despacha con una docena de líneas no demasiado entusiastas.

Sin embargo la generación del año 20 tuvo por Lillo una veneración que se corresponda con la enquisa psicológico-social que intentaron sus integrantes, sobre todo Rojas y Gonzalez Vera. Este, transformado en un atento lector de su obra y en su amigo biógrafo, ha dado en los mejor y más afirmativamente ha fijado la importancia de Lillo: "Un hombre que conciensa de

BALDOMERO LILLO: PIEDRA DE TOQUE

escribir y hace, desde el primer momento, páginas definitivas, no obra por inspiración súbita, no acierta por el puro volver de las cosas. Ese hombre es de cierta manera el mensajero de su pueblo y de su hora" (15). Una actitud similar reconocíamos en la generación del 38 a través de la opinión coincidente de diversos escritores, lo que en cierto sentido resulta lógico dada la orientación de la promoción, que surge cuando la hecha mundial antifascista. Nicomedes Guzmán prologa admirativamente la Antología de Lillo preparada en ocasión del cincuentenario de Sub-Terra (16). Pero importa sobre todo la opinión erítica que hay en Fernando Alegría, quien ha realizado lo que de elaboración consciente, de uso de las mejores técnicas narrativas de la época, hay en estos cuentos habitualmente calificados como "primitivos", y ha revalorizado las páginas de Sub-Sole mostrando en ellas la penetración modernista y el aprovechamiento propio y original de la corriente estética por parte del autor, un ejemplo de que "realismo trascendente" de la baja Alegría en su recopilación de ensayos (16).

Pero tanto Alegría como los redactores de la Antología del cuento chileno intentan un esfuerzo tipicamente crítico, de medio con imparcialidad las distintas apostaciones, y junto a la obra de Lillo reconocer la importancia de la aportación de en D'Almar, aunque esta última la hallan siempre en dos páginas de su primera época, la más reciente por la nota nacional y la nota realista, que son: A Zodar tierras y En provincia. No es esa la actitud de un Yerko Moretic que hace depender la valoración de uno y otro de su acercamiento o alejamiento al realismo, y los reconoce como escritores en Juana Luceto o en Sub-Terra y los desdeña en sus intentos simbolistas. Ocurre que el elemento nacional que prima en los escritores anteriores, aquí está duplicado por una afirmación empecinada de realismo, que que enfiertiendo los términos sólo cuando se aplica a la crítica social y sirve a la tesis partidista.

La polémica escondida o desembozada que a través de todos estos materiales se ha cumplido en Chile en estos cinco años, ha servido para reavivar el pasado e intentar una orientación, no sólo de jerarquías artísticas sino además de líneas interpretativas de su proceso histórico. En definitiva, si mucho se ha caído de la tradición criollista, cuya superficialidad ha sido combatida desde todos ángulos y es Laforcade quien más ha sufrido con ello—tampoco esa lucha ha servido para una nueva vida a la línea simbólica o idealista. El realismo ha en definitiva el triunfo, merced a una transformación interna del alcance y las formas expresivas de la escuela. Y eso se ha logrado, en una parte, porque los mejores exponentes narrativos de la generación del 50 siguen siendo realistas, a pesar de su furibundo despecho por el criollismo, en quien atacan, más bien, la falsedad interpretativa con la cual escamotearon una realidad auténtica, y, a la búsqueda de ella —aburrí en la ciudad, no sólo en el campo— se han echado. El resto del país —tanto la generación anterior del 38 como las similares o levemente posterior de los 50— prefieren realistas sociales: se ha manifestado fiel a esta misma orientación de la narrativa nacional. Aunque lo que estimulan por ahora es un tipo enormemente nuevo, que convendría dilucidar, no sólo en los epitulares en sus propios textos improvisados, sino en las obras creadoras.

1) Enrique Laforcade: La nueva literatura chilena. México, Cuadernos Americanos, Año XXI Nº 4 (julio-agosto 1962).
2) Alone: Historia personal de la literatura chilena. Santiago, Zig Zag, 1962, 602 pp. 3) Alone: Los cuatro grandes de la literatura chilena. Santiago, Zig Zag, 1962, 234 pp.
3) Fernando Alegría: Las fronteras del realismo. Santiago, Zig Zag, 1962, 242 pp.
4) Yerko Moretic y Carlos Orellana: El nuevo cuento chileno. Concepción, Editorial Universitaria, 1962, 331 pp.
5) Enrique Laforcade: Cuentos de la generación del 50. Santiago, Editorial del Nuevo Extremo, 1959, 192 pp. Esta antología está preparada por una anterior: Antología del nuevo cuento chileno. Zig Zag, 1954.
6) Raúl Silva Castro: Antología de literatura chilena. Selección, ensayos críticos e informaciones biográficas. Santiago, 1943, 663 pp.
7) Raúl Silva Castro: Antología de prosistas chilenos. Santiago, Zig Zag, 1957, 232 pp.
8) Antonio de Undurraga: 38 cuentistas chilenos del siglo XIX. Santiago, Zig Zag, 1962, 278 pp.
9) Raúl Silva Castro: "Viaje". Antología del cuento chileno moderno. 1928-1958. Santiago, Editorial del Pacífico, 1958, 321 pp.
10) Raúl Silva Castro: "Blest Gana y su novela "La aritmética del amor". Un Cien años de la novela chilena. Concepción, Lanzas, 1962, 229 pp.
11) Claudio Giaconi: El'a experiencia literaria. Concepción.
12) Enrique Laforcade: Programa para una generación. El Mercurio. Santiago, 22/V/60.
13) Antol'gía del cuento chileno.
14) Alone: Historia personal de la literatura chilena.
15) Apéndice a la edición de Sub-Sole, Santiago, Nascimento, 1945.
16) Nicomedes Guzmán: Antología de Baldomero Lillo. Santiago, Zig Zag, 1954. 391 pp.
17) Fernando Alegría: Las fronteras del realismo.